

Desarrollo Comunitario autogestionado: del sindicalismo decimonónico al sindicalismo de barrio

Self-Managed Community Development: From Nineteenth-Century Trade Unionism to Neighborhood Unionism

Inés Merayo Fernández*

Recibido: 7 de octubre de 2025 Aceptado: 21 de enero de 2026 Publicado: 31 de enero de 2026

To cite this article: Merayo, I. (2024). Desarrollo Comunitario autogestionado: del sindicalismo decimonónico al sindicalismo de barrio. *Márgenes, Revista de Educación de la Universidad de Málaga*, 7(1), 185-198. <https://doi.10.24310/mar.7.1.2026.22439>

DOI: <https://doi.10.24310/mar.7.1.2026.22439>

RESUMEN

El desarrollo comunitario autogestionado tiene sus raíces en el sindicalismo del siglo XIX, influido por el movimiento obrero y anarquista. Estos no solo defendían derechos laborales, sino también la educación social como medio para fortalecer la conciencia y autonomía popular. Así, la educación social se consolidó como eje de solidaridad y apoyo mutuo. Las crisis del Estado —tanto en el siglo XX como en el XXI— reconfiguraron estas iniciativas, que debieron adaptarse y evolucionar. Este estudio analiza cómo esas dinámicas se reflejan en el sindicalismo de vivienda y de barrio actual, resaltando el papel transformador de la educación social. A partir de un análisis histórico y comparativo, se revisaron publicaciones libertarias gallegas de finales del XIX y se estudiaron estrategias de comunicación y organización de movimientos contemporáneos. El análisis mostró que el apoyo mutuo y la educación social fueron pilares del sindicalismo clásico, orientados a construir comunidades cohesionadas. Hoy, los sindicatos de vivienda y barrio mantienen esa lógica, adaptada al contexto digital y a la crisis del Estado de bienestar, promoviendo redes de apoyo y espacios formativos. Se observa una clara continuidad en las prácticas autogestionadas, aunque ajustadas a los retos actuales, donde la educación social sigue siendo un puente entre la crítica y la acción comunitaria.

Palabras clave: sindicalismo; desarrollo comunitario; autogestión; bienestar

ABSTRACT

Self-managed community development has its roots in 19th-century trade unionism, influenced by the workers' and anarchist movements. These movements not only fought for labor rights but also promoted social education as a means to strengthen class consciousness and popular autonomy. Thus, social education became a key element of solidarity and mutual aid. The crises of the State —both in the 20th and 21st centuries— reconfigured these initiatives, forcing them to adapt and evolve. This study analyzes how these dynamics are reflected in current housing and neighborhood unionism, highlighting the transformative role of social education. Based on a historical and comparative analysis, it reviewed Galician libertarian press from the late 19th century and examined the communication and organizational strategies of contemporary movements. The analysis showed that mutual aid and social education were central pillars of classical unionism, aimed at building cohesive communities. Today, housing and neighborhood unions maintain that same logic, adapted to a digital context and the



*Inés Merayo Fernández

[0009-0001-8562-3674](https://doi.10.24310/mar.7.1.2026.22439)

Universidad de Santiago de Compostela (España)

ines.merayo.fernandez@usc.gal



crisis of the welfare state, promoting support networks and training spaces. A clear continuity can be observed in self-managed practices, although adjusted to current challenges, where social education remains a bridge between critical theory and community action.

Keywords: Unionism; Community Development; Self-Management; Welfare

1. INTRODUCCIÓN

El sindicato es definido por la Real Academia Española (2001) como una “asociación de trabajadores constituida para la defensa y promoción de sus intereses”. Esta definición, aunque formal y neutral en apariencia, condensa una larga historia de conflicto y negociación social y de clase. En su sentido más profundo, el sindicato ha sido históricamente una herramienta de lucha de la clase trabajadora frente al capital, nacida como respuesta a las condiciones de explotación propias derivadas de la revolución industrial. En los talleres, minas y fábricas del siglo XIX, el sindicato emergió como un espacio de resistencia organizada, destinado no solo a mejorar las condiciones materiales de trabajo, sino a cuestionar la subordinación estructural de la fuerza laboral al régimen capitalista y la extracción de plusvalía. Un espacio de creación de identidad colectiva, como fue la identidad de clase, y de formación en derechos, participación, conciencia crítica, prácticas y valores de apoyo mutuo y solidaridad, etc.

Sin embargo, la noción de sindicalismo ha experimentado una transformación profunda. En el contexto contemporáneo de crisis del Estado de bienestar, neoliberalización y mercantilización de la vida cotidiana, las formas tradicionales de organización obrera han sido desplazadas o reinventadas. La fragmentación del trabajo, la financiarización de la economía y la precarización generalizada han desplazado el conflicto de clase más allá del centro de trabajo, hacia los territorios donde se reproduce la vida: los barrios, las viviendas, los cuidados. En este escenario, el sindicalismo de barrio y de vivienda amplía la lucha hacia la esfera de la reproducción social, articulando nuevas formas de acción colectiva en defensa de los intereses de clase frente a la desposesión habitacional, el endeudamiento y la precarización de la existencia (Federici, 2013; Harvey, 2012).

Esta mutación no implica una ruptura con el sindicalismo histórico, sino una relectura de su función social. Los sindicatos de vivienda operan hoy como espacios comunitarios de resistencia, donde se redefinen las estrategias de defensa de lo común, integrando la reivindicación material (acceso a la vivienda) con la construcción simbólica y afectiva de comunidad. Así, la lucha de clases se desplaza desde el ámbito productivo hacia el territorio de la vida cotidiana, sin abandonar sus raíces en la crítica al capital. Los barrios, entonces, se configuran como nuevos escenarios de antagonismo social, donde se disputa el control colectivo sobre el espacio, el tiempo y los recursos que garantizan la reproducción de la vida.

El desarrollo comunitario autogestionado se concibe como una forma de organización social que subvierte la dependencia estructural del Estado y del mercado, apostando por la autonomía, el apoyo mutuo y la participación directa. A diferencia de las lógicas verticales impuestas por la racionalidad capitalista —basadas en la competencia, la jerarquía y la acumulación—, la auto-gestión promueve relaciones sociales horizontales y sostenibles, fundadas en la cooperación y en la reciprocidad (Bookchin, 1982; Úcar, 2022).

Desde una perspectiva política, la autogestión puede entenderse como una forma de praxis emancipadora, que busca reterritorializar el poder en las manos de las comunidades. En este sentido, Murray Bookchin (1982) propuso el concepto de municipalismo libertario para referirse a las comunidades que, desde la base, construyen alternativas reales al sistema capitalista a través de la organización popular y la gestión democrática de los recursos comunes. Siguiendo esta línea, Úcar (2022) subraya que las comunidades autogestionadas no solo atienden necesidades inmediatas, sino que generan procesos de aprendizaje colectivo que fortalecen la conciencia social y la autonomía política.

Estas prácticas, cuando se analizan desde la perspectiva de la reproducción social, pueden leerse como expresiones contemporáneas de la lucha de clases. Y esta, desde una perspectiva sociopedagógica, tiene una innumerable lista de potencialidades transformadoras y creadoras. La vivienda, los cuidados y el acceso a recursos básicos se convierten en terrenos de disputa política, donde los colectivos organizados se oponen a la lógica de la mercantilización, pero también son espacios de encuentro, socialización, generación de vínculos, de redes y de conciencia sociocomunitaria. En este sentido, los barrios se transforman en territorios de resistencia porque se hacen vivibles (y no solo habitables), espacios donde se producen formas de contrapoder que buscan garantizar la vida frente al avance de diferentes sistemas de dominación.

La educación social, entendida como práctica pedagógica, política y transformadora (Carbonel, 2019), no se limita a la transmisión de conocimientos, sino que implica un proceso de concienciación y construcción colectiva de saberes a partir de la experiencia de las oprimidas. Ya Paulo Freire (1970), en *Pedagogía del oprimido*, planteaba que solo una educación que parte de la realidad concreta permite a las clases subalternas reconocerse como sujetos históricos capaces de transformar su mundo. Desde esta perspectiva, la educación deja de ser un instrumento de domesticación y se convierte en una práctica de emancipación.

En la misma línea, Caride (2005) enfatiza que educar implica interrumpir la lógica dominante, especialmente en los márgenes donde se gestan las resistencias y se articulan nuevas subjetividades políticas. Por su parte, González-Pérez (2013) considera que la educación social debe ser comprendida como un proceso comunitario que fomente la autogestión, refuerce los vínculos sociales y habilite a las personas para intervenir críticamente en su entorno. La educación, en este sentido, no es una tarea institucional, unidireccional o vertical, sino una dimensión constitutiva del poder popular, y por lo tanto, desde movimientos sociales y de base, puede entenderse como la transformación de la capacidad de relación de las clases oprimidas en fuerza social transformadora.

Autores como Bookchin (1982), Carretero (2024) o Úcar (2022) coinciden en que los procesos educativos emergentes en contextos autogestionados —asambleas, talleres, campañas o redes vecinales— poseen un alto valor pedagógico. En ellos, el aprendizaje se produce en la acción, en la deliberación colectiva y en la práctica solidaria. Esta pedagogía social, profundamente política, actúa como un motor de transformación social, pues contribuye a crear sujetos colectivos conscientes, autónomos y comprometidos con la defensa de lo común.

Desde el siglo XIX, el sindicalismo ha operado como una forma de organización de clase frente a la explotación capitalista, articulando prácticas de autogestión, cooperación y apoyo mutuo

más allá del ámbito laboral. En España, experiencias como las de la Confederación Nacional del Trabajo (CNT) o de la Federación Anarquista Ibérica (FAI) dieron lugar a espacios de educación popular, bibliotecas, ateneos libertarios y cooperativas de producción y consumo, que funcionaron como auténticos laboratorios sociales de emancipación (Carretero, 2024; Romero, 2018). Estas iniciativas configuraron una pedagogía por y para la autogestión, donde el conocimiento se producía colectivamente y en relación directa con la práctica social y política.

Esta dimensión pedagógica del sindicalismo histórico se mantiene viva en los movimientos de vivienda y sindicatos de barrio contemporáneos. En ellos, la educación social, entendida en el sentido freiriano de concientización, actúa como herramienta emancipadora que permite a las personas afectadas por la precariedad y la exclusión reconocer las causas estructurales de su situación y organizarse colectivamente para transformarla. De este modo, las asambleas, los acompañamientos a desahucios o las campañas de sensibilización se convierten en espacios pedagógicos orgánicos donde se aprende a leer el mundo críticamente y a actuar sobre él.

En el contexto de crisis del Estado de bienestar, profundizado tras 2008, estas formas de organización adquieren una relevancia renovada. La retirada del Estado, la mercantilización del suelo urbano y la financiarización de la vivienda (Revista Crítica Urbana, 2019; Pérez, 2025) han generado un terreno fértil para el resurgir de prácticas autogestionadas. Los sindicatos de barrio, en este sentido, pueden entenderse como herederos contemporáneos del sindicalismo obrero clásico, actualizando la lucha de clases en el terreno de la reproducción social.

Así, las formas actuales de sindicalismo social y vecinal representan una síntesis entre acción política, pedagogía social y construcción comunitaria. No solo responden a necesidades inmediatas, sino que configuran nuevas culturas políticas de la solidaridad, donde el aprendizaje, la cooperación y la resistencia se entrelazan. En su práctica cotidiana, los sindicatos de vivienda encarnan una ética de lo común, que revaloriza la participación directa, el cuidado mutuo y la gestión colectiva de los recursos como principios organizativos y pedagógicos.

2. OBJETIVOS

El objetivo general de este estudio es analizar las continuidades, rupturas y transformaciones en las prácticas de autogestión comunitaria desde el sindicalismo obrero del siglo XIX hasta los movimientos actuales de sindicalismo de barrio y vivienda en Galicia, con especial atención al papel de la educación social como herramienta pedagógica, política y emancipadora. Para su consecución se han diseñado además estos objetivos específicos:

- Identificar los valores éticos, simbólicos y pedagógicos (solidaridad, cooperación, emancipación) presentes en la prensa anarcosindicalista gallega.
- Analizar cómo los movimientos contemporáneos de sindicalismo de vivienda y barrio reproducen, transforman o resignifican esos valores en sus prácticas organizativas y comunicativas.
- Examinar el papel de la educación social en estos procesos, entendida como práctica de aprendizaje colectivo, concienciación crítica y construcción de poder popular.

3. METODOLOGÍA

La presente investigación adopta una metodología cualitativa de carácter histórico-comparativo, orientada a identificar continuidades, rupturas y transformaciones en las prácticas de autogestión comunitaria entre el sindicalismo obrero del siglo XIX y los actuales movimientos de sindicalismo de barrio y vivienda en Galicia. Este enfoque parte de una visión interpretativa y constructivista del conocimiento, en la que los fenómenos sociales se conciben como producciones históricas y discursivas en constante negociación. Desde esta perspectiva, se entiende que las experiencias de organización colectiva y de autogobierno popular no pueden analizarse como entidades estáticas, sino como procesos vivos de construcción de sentido, marcados por las condiciones materiales, políticas y culturales de cada contexto.

El marco metodológico se apoya en la premisa de que los procesos de autogestión popular constituyen una tradición histórica de pensamiento y acción social que atraviesa diferentes momentos de la historia gallega, manteniendo una continuidad ética y simbólica en torno a los valores de solidaridad, cooperación y resistencia. Dichos valores, lejos de ser simples principios abstractos, se materializan en prácticas cotidianas, redes de apoyo y modos de vida comunitarios que reconfiguran el espacio social. En este sentido, el objetivo central de la investigación fue establecer puentes interpretativos entre experiencias históricas y contemporáneas, entendiendo la autogestión como una categoría analítica transversal, útil para examinar las transformaciones de la acción colectiva en distintos períodos y ámbitos: laboral, vecinal, educativo y habitacional.

A nivel epistemológico, el estudio se inscribe en una tradición hermenéutica, interesada en la comprensión del sentido más que en la medición de variables (Miranda, 2016). En consonancia con esta orientación, se privilegió una lectura cualitativa y contextualizada de los materiales, basada en la triangulación entre fuentes documentales, discursos mediáticos y marcos teóricos. El enfoque histórico-comparativo se adoptó no solo como una estrategia de análisis temporal, sino como una herramienta para reconstruir genealogías de resistencia, explorando cómo ciertos repertorios simbólicos, axiológicos y metodológicos —como la cooperación o la autoformación— se reactivan bajo nuevas condiciones sociales.

En una primera fase, se desarrolló un trabajo exhaustivo de revisión y análisis de fuentes primarias históricas, con el propósito de reconstruir las formas de autogestión impulsadas por el movimiento obrero gallego a finales del siglo XIX y principios del XX. Se seleccionaron fuentes hemerográficas de la prensa libertaria, principal vehículo de difusión de las ideas anarcosindicalistas y de la cultura obrera autogestionaria. En particular, se trabajó con *Solidaridad Obrera de La Coruña* (1923-1934) y *Solidaridad* (1935-1936), disponibles en el archivo digital del proyecto Nomes e Voces.

La selección de estas cabeceras respondió a criterios de relevancia ideológica, temporal y territorial. Por un lado, fueron medios fundamentales para la articulación del pensamiento obrero gallego y su vinculación con la Confederación Nacional del Trabajo (CNT). Es importante aquí el componente libertario, pues el rechazo que desde esta postura se defiende hacia la representatividad y delegación institucional empuja a la creación de los procesos de empoderamiento popular de los que se viene hablando hasta ahora. Por otro, constituyeron espacios de debate educativo, político y cultural, en los que se promovían iniciativas de autoformación, educa-

ción racionalista y cooperación económica (Romero, 2018). Los criterios de inclusión de textos fueron: a) pertenecer a la prensa anarcosindicalista gallega; b) situarse cronológicamente entre 1923 y 1936; c) contener referencias explícitas o implícitas a prácticas de autogestión, apoyo mutuo, educación obrera o construcción comunitaria. Se excluyeron aquellos textos de carácter meramente informativo sin contenido político-pedagógico, así como duplicados o artículos sin autoría o fecha identificable. La lectura sistemática de los artículos permitió identificar regularidades discursivas, categorías de análisis y estrategias retóricas orientadas a la formación de un sujeto colectivo consciente de su poder transformador.

Metodológicamente, esta fase se basó en un análisis de contenido temático combinado con una lectura hermenéutica del contexto histórico. Se atendió tanto a los significados literales de los textos como a los marcos ideológicos subyacentes, observando cómo los conceptos de solidaridad, emancipación o autogobierno se resemantizaban en función de las coyunturas políticas (huelgas, represión, reorganización sindical, etc.). El propósito fue reconstruir una cartografía simbólica de la autogestión obrera gallega en su dimensión discursiva, ética y organizativa.

La segunda fase del estudio se centró en el análisis de casos contemporáneos, representativos de las nuevas formas de sindicalismo social y territorial surgidas en Galicia a raíz de la crisis habitacional y la precarización del trabajo. Se seleccionaron tres colectivos activos —Sindicato de Inquilinas de Vigo, Sindicato de Barrio Falperra-Os Maios (A Coruña) y Xuntanza pola Vivenda de Compostela— por su capacidad de articular prácticas autogestionarias en contextos urbanos distintos.

El corpus contemporáneo estuvo formado por sitios web oficiales, publicaciones digitales, materiales de difusión y redes sociales (Twitter/X, Instagram, páginas propias, folletos, etc.). Estos espacios fueron analizados no solo como medios de comunicación, sino como arenas discursivas de producción política y pedagógica. La selección de los colectivos analizados respondió a criterios de inclusión de carácter organizativo, territorial y discursivo. En primer lugar, se incluyeron únicamente organizaciones activas en el ámbito gallego entre 2020 y 2025, con presencia sostenida en el espacio público y continuidad organizativa. En segundo lugar, se priorizaron colectivos que se autodefinen como sindicatos de vivienda o de barrio, con estructuras horizontales y mecanismos de toma de decisiones asamblearios, y sin dependencia orgánica de partidos políticos o administraciones públicas. Asimismo, se consideró como criterio central su inserción territorial en barrios urbanos concretos, entendiendo el territorio como espacio de reproducción social y de acción comunitaria. Finalmente, se incluyeron aquellos colectivos cuyos discursos y prácticas incorporan explícitamente valores de autogestión, apoyo mutuo y acción directa, así como una dimensión pedagógica orientada a la formación política y ciudadana de sus integrantes, visible en materiales de difusión, campañas públicas y espacios de autoformación. Quedaron excluidas plataformas de carácter exclusivamente reivindicativo o institucional, así como iniciativas puntuales sin estructura organizativa estable o sin producción discursiva propia. A través del estudio de sus publicaciones, se exploró cómo estos colectivos construyen narrativas de pertenencia, cómo gestionan la memoria de lucha y cómo configuran una identidad colectiva basada en la solidaridad vecinal, la acción directa y la defensa de lo común.

La incorporación del entorno digital al análisis se justificó metodológicamente por su papel central en la organización de la acción colectiva contemporánea. Como señala Pérez (2025), las

redes sociales constituyen hoy espacios híbridos de socialización política, donde confluyen comunicación, pedagogía y acción. De ahí que el estudio contemplara no solo los discursos explícitos, sino también los modos de interacción, los símbolos, las consignas y los formatos comunicativos empleados en la construcción de comunidad. Complementariamente, se realizó una observación indirecta de las actividades presenciales, a través de materiales audiovisuales y comunicados públicos, con el fin de captar las dinámicas organizativas y las formas de legitimación interna.

Para alcanzar los objetivos del estudio, se recurrió a dos técnicas principales de análisis cualitativo: el análisis de contenido y el análisis crítico del discurso (ACD) (Fairclough, 2003). El primero permitió detectar categorías temáticas —como la motivación para la auto-organización, las estrategias de apoyo mutuo, la educación popular o la defensa del bien común— y observar sus variaciones históricas. Esta técnica facilitó la comparación sistemática entre los textos de prensa del primer tercio del siglo XX y los materiales digitales contemporáneos, revelando continuidades simbólicas y rupturas contextuales.

Por su parte, el ACD ofreció una lectura más profunda de los discursos ideológicos y de las estructuras narrativas a través de las cuales se articulan los sentidos de comunidad, resistencia y emancipación. En la aplicación del análisis crítico del discurso (Fairclough, 2003) se atendió especialmente a: a) el vocabulario empleado para nombrar la solidaridad, la explotación y la comunidad; b) el uso de metáforas bélicas, familiares o morales para construir identidad colectiva; c) la estructura discursiva de los textos, particularmente la articulación entre diagnóstico del conflicto, identificación de responsables y apelación a la acción colectiva; d) la construcción del sujeto político a través de oposiciones como “clase trabajadora” frente a “Estado”, “capital” o “especulación”. Esta herramienta resultó fundamental para comprender cómo se construye el sujeto colectivo, cómo se legitiman las prácticas autogestionarias y qué tensiones se producen entre los lenguajes de los movimientos sociales y los discursos institucionales.

En cuanto a la selección de los casos contemporáneos, se aplicaron criterios de representatividad contextual, coherencia temática y diversidad territorial. Las organizaciones estudiadas comparten tres rasgos:

- Pertenencia a contextos urbanos gallegos con una tradición consolidada de lucha vecinal y sindical.
- Autodefinición como colectivos de base o sindicatos, con estructuras horizontales y mecanismos de decisión asamblearios.
- Uso activo de medios digitales para la comunicación interna y la difusión pública de sus actividades.

Adicionalmente, se valoró su continuidad ideológica y simbólica con los principios históricos de la autogestión obrera: el apoyo mutuo, la cooperación solidaria y la acción directa.

En conjunto, esta metodología permitió articular una lectura comparativa, diacrónica y contextualizada de las formas de sindicalismo autogestionado en Galicia. La combinación de fuentes históricas y contemporáneas posibilitó trazar una genealogía de la autogestión, entendida no como una herencia estática, sino como un proceso vivo de reinvenCIÓN constante.

El enfoque propuesto contribuye a ampliar el campo de la investigación cualitativa sobre los movimientos sociales, mostrando que el análisis histórico no solo sirve para contextualizar el presente, sino también para interpretar las continuidades éticas y simbólicas que atraviesan las prácticas de resistencia y organización popular. De este modo, la metodología adoptada ofrece una visión integral y relacional de las luchas por la autogestión, enmarcadas en una larga historia de construcción colectiva del poder popular y de búsqueda de alternativas comunitarias frente al capitalismo y la institucionalización del conflicto social.

4. RESULTADOS

En la primera fase del estudio, se llevó a cabo un análisis exhaustivo de un corpus compuesto por 127 artículos procedentes de la prensa anarcosindicalista gallega publicada entre 1925 y 1936, periodo en el que este movimiento alcanzó una notable madurez organizativa y discursiva en el contexto gallego. El examen sistemático de estos textos permitió identificar no solo los contenidos explícitos relacionados con la solidaridad, el apoyo mutuo y la autogestión, sino también los marcos simbólicos, retóricos y emocionales desde los cuales estas nociones eran articuladas. Los resultados de este análisis revelaron una presencia constante y significativa de dichos valores, considerados pilares de la cultura política del anarquismo obrero de la época, entendida como una ética colectiva que permeaba tanto la organización del trabajo como la vida cotidiana.

La solidaridad se configura como un principio organizador de la existencia comunitaria y como eje vertebrador de la acción colectiva. Más allá de una respuesta puntual ante situaciones de necesidad, emerge como una ética compartida que define la pertenencia a un mismo proyecto emancipador. La célebre afirmación publicada en *Solidaridad Obrera de La Coruña* —“con la solidaridad todo se vence, sin ella todo se pierde” (SOLC, 1933, nº 135)— resume este horizonte moral. Dicha consigna no se limitaba al plano discursivo: se materializaba en una amplia variedad de prácticas concretas, como continuas campañas de apoyo a presos políticos y a sus familias, festivales benéficos para recaudar fondos, colectas obreras, suscripciones solidarias y boicots coordinados contra empresas que vulneraban los derechos laborales. Estas acciones cumplían una doble función: por un lado, aliviar situaciones materiales inmediatas; por otro, reforzar los lazos comunitarios y alimentar una conciencia de clase que se sustentaba en el principio del cuidado mutuo y la responsabilidad compartida.

Del mismo modo, el análisis permitió observar una apuesta sostenida por soluciones autónomas frente a las estructuras estatales, asistenciales o caritativas. La prensa libertaria promovía la creación de instituciones propias del movimiento obrero, como polyclínicas, cooperativas de consumo, escuelas racionalistas y redes de ayuda mutua, concebidas como expresiones tangibles de la autogestión. Los artículos denunciaban la indignidad de los hospicios y asilos públicos, criticaban la beneficencia como forma de control social y defendían la acción directa como vía legítima para transformar las condiciones de vida. Un ejemplo elocuente se encuentra en la declaración “No quiero tu moneda. [...] Necesito tu espíritu y tu ayuda” (SOLC, 1931, nº 46), que pone en evidencia una ética de la cooperación activa frente a la pasividad del asistencialismo. Esta afirmación sintetiza la idea de que la emancipación no podía ser otorgada desde fuera, sino construida colectivamente desde abajo. En este sentido, los periódicos libertarios de la época no solo documentan prácticas de solidaridad, sino que funcionan como dispositivos pedagógicos, orientados a la movilización, la educación social y la formación ideológica de la clase trabajadora.

El orgullo colectivo y la autoafirmación identitaria se expresan también en la prensa: “¿No es un orgullo citar en nuestra SOLI estos casos de espíritu solidario?” (SOLC, 1933, nº 145). Tal afirmación pone de manifiesto una dimensión emocional de la militancia que desborda el simple registro informativo: la prensa se convierte en un espacio de reconocimiento, un espejo donde la clase obrera se ve reflejada en su capacidad de resistencia y transformación. En consecuencia, los periódicos obreros deben entenderse no como meros instrumentos de comunicación, sino como herramientas de alfabetización política y moral, que promovían un aprendizaje basado en la práctica colectiva, el pensamiento crítico y la acción directa. Esta dimensión educativa —entrada en la autonomía, la cooperación y el saber compartido— constituye una de las continuidades más notables con las experiencias de autogestión de los actuales sindicatos de vivienda en Galicia.

En la segunda fase de la investigación, el análisis se trasladó al presente, tomando como referencia las webs oficiales, publicaciones en prensa y redes sociales de tres colectivos gallegos de sindicalismo de vivienda: el Sindicato de Inquilinas de Vigo, el Sindicato de Barrio Falperra-Os Mallos (A Coruña) y la Xuntanza pola Vivenda (Compostela). Estos grupos representan formas contemporáneas de organización vecinal y comunitaria que politizan el derecho a la vivienda desde prácticas colectivas, de base y afectivas. Aunque insertos en contextos socioeconómicos diferentes, comparten una ética común basada en la solidaridad, la acción directa y la defensa de lo común. Frente a la fragmentación social inducida por el mercado inmobiliario y las lógicas neoliberales, estos colectivos se erigen como espacios de reconstrucción del vínculo social, donde la vivienda deja de ser un bien individual y de mercado para convertirse en un territorio de lucha y conquista colectiva.

Su praxis combina dimensiones materiales, simbólicas y pedagógicas. Por un lado, desarrollan tareas concretas de acompañamiento, mediación y asesoría en conflictos habitacionales; por otro, despliegan procesos de formación política y ciudadana mediante asambleas, talleres y campañas de sensibilización. En estos espacios, se aprenden colectivamente herramientas de análisis social, autodefensa legal y acción directa, así como lenguajes de denuncia y estrategias de comunicación política. Se enseña a leer contratos de alquiler, a identificar abusos normativos, a negociar colectivamente con propietarios y a utilizar los marcos legales como herramientas de resistencia frente a desahucios. Pero, además, estos procesos se acompañan de una pedagogía emocional y ética: se aprende a pensar en clave de justicia social, solidaridad y comunidad. En consecuencia, los sindicatos de vivienda se constituyen en escuelas de poder popular, donde se cultivan saberes situados y se construyen formas de participación que trascienden los límites institucionales.

Cada caso presenta matices propios. En Vigo, el sindicato define a las inmobiliarias como “guardia pretoriana das subidas do alugueiro” (Punzón, 04/01/2025), identificando de manera directa a los actores responsables de la especulación. Su discurso confronta el mercado con una retórica combativa que apela a la expropiación de viviendas vacías y a la reapropiación comunitaria de los recursos urbanos, proponiendo un horizonte redistributivo y anticapitalista. En A Coruña, el Sindicato de Barrio Falperra-Os Mallos estructura su práctica a partir del acompañamiento vecinal y el cuidado mutuo, bajo el lema “para que ningunha veciña loite soa” (A Revolteira, 28/11/2024). Más que denunciar, teje redes de apoyo afectivo y efectivo que repolitizan lo

cotidiano y cuestionan la separación entre lo privado y lo público. En Compostela, la Xuntanza pola Vivenda centra su crítica en el vacío institucional: “o normal é que non existan [alternativas habitacionais]” (Cerqueiro, 28/11/2024). Esta afirmación apunta a un diagnóstico estructural: la emergencia habitacional no es un accidente, sino el resultado de un modelo económico que mercantiliza la vida y despolitiza el derecho a habitar.

Las formas contemporáneas de autogestión articuladas por estos sindicatos reproducen y actualizan las lógicas del sindicalismo obrero y vecinal del siglo XX, pero introducen innovaciones significativas. En ambos casos, la auto-organización emerge como respuesta a situaciones de vulneración estructural —antes laborales, ahora habitacionales— y se sostiene en el apoyo mutuo, la acción directa y la defensa de derechos negados. Sin embargo, los movimientos actuales incorporan dimensiones feministas, de cuidados y de territorialidad afectiva, politizando los espacios domésticos y comunitarios como campos de conflicto y transformación. Mientras el sindicalismo clásico se organizaba en torno al trabajo productivo y con estructuras más masculinizadas, el nuevo sindicalismo de vivienda apuesta abiertamente por estructuras y dinámicas que combinan lo conflictual del sindicalismo con lo relacional de los barrios, la vecindad y la comunidad creadas en estos procesos.

Una de las continuidades más relevantes se manifiesta en el plano educativo y formativo. Tanto los sindicatos históricos como los actuales funcionan como espacios de educación popular, donde la resistencia se combina con procesos de autoformación colectiva y de alfabetización política, en derechos y deberes o en formas de participación ciudadana. Estos espacios permiten habitar el conflicto, reinterpretar las experiencias de precariedad y producir conocimiento desde la práctica. Son, en definitiva, escuelas de poder popular donde se democratizan los valores de la corresponsabilidad, la equidad, la interdependencia y el arraigo comunitario. Lejos de ser meras organizaciones reivindicativas, constituyen laboratorios sociales de aprendizaje democrático, donde se gestan nuevas formas de ciudadanía crítica y participativa. En ese sentido, tanto el anarcosindicalismo del siglo XX como el sindicalismo de vivienda del siglo XXI comparten un mismo horizonte: transformar la realidad desde la educación, la cooperación y la autogestión colectiva.

5. DISCUSIÓN

Los resultados obtenidos a lo largo del estudio permiten realizar un análisis más profundo de las prácticas de los sindicatos de vivienda gallegos como formas contemporáneas de acción colectiva, que, si bien se adaptan a las nuevas realidades socioeconómicas y tecnopolíticas, mantienen una estrecha conexión con las tradiciones históricas de autogestión obrera y vecinal desarrolladas en Galicia desde finales del siglo XIX. Esta continuidad no debe entenderse de manera lineal ni puramente ideológica: se trata de una herencia reinterpretada, que cobra pleno sentido cuando se examina desde el enfoque de la pedagogía social y el desarrollo comunitario, ámbitos en los que la acción colectiva adquiere un carácter formativo y transformador (Caride, 2005). Así, lo relevante no es únicamente qué hacen estos sindicatos —sus campañas, sus estrategias o sus logros—, sino sobre todo cómo y para qué lo hacen: los procesos de aprendizaje colectivo que desencadenan, las transformaciones subjetivas y relaciones que generan en las personas implicadas, y la forma de ciudadanía crítica y emancipadora que promueven en su práctica cotidiana.

En el marco teórico de la investigación se propuso que los espacios comunitarios autogestionados pueden ser comprendidos como dispositivos pedagógicos cotidianos (Carrillo, 2022; Di Virgilio, 2021), donde la participación activa, la deliberación horizontal y la toma de decisiones colectivas se constituyen en verdaderos procesos de aprendizaje social y político. A diferencia de los contextos educativos institucionales, aquí el conocimiento no se transmite de manera unidireccional, sino que se produce de forma dialógica, situada y cooperativa. Los datos analizados confirman que los sindicatos de vivienda actuales operan simultáneamente como espacios de organización política y entornos de aprendizaje social. Las personas que participan en ellos adquieren habilidades organizativas (gestión de asambleas, coordinación de campañas, comunicación pública), competencias interpretativas (lectura crítica del contexto socioeconómico, análisis de causas estructurales) y destrezas afectivas y relaciones (trabajo en equipo, cuidado mutuo, gestión de conflictos). Todas estas dimensiones educativas trascienden los marcos de la educación institucionalizada y permiten releer la autogestión como práctica pedagógica en sí misma. Esta perspectiva conecta con la tradición freiriana, que entiende que no hay liberación sin educación transformadora (Freire, 1970), y con los enfoques de la educación popular latinoamericana, donde el aprendizaje se concibe como un proceso de concienciación y acción colectiva orientado a la emancipación.

A diferencia de los modelos de intervención social tradicionales, el sindicalismo de vivienda no parte de una lógica asistencial ni plantea una relación vertical entre “expertos” y “beneficiarios”. Su forma organizativa responde a una epistemología del hacer, en la que el conocimiento se construye de manera colaborativa a partir de la experiencia. Se trata de una práctica colectiva de investigación-acción, en la que las personas afectadas por un problema social se convierten en sujetos activos de diagnóstico y transformación. Este enfoque, estrechamente vinculado con lo que Úcar (2022) denomina educación social comunitaria, se entiende como un proceso dinámico de fortalecimiento de los vínculos sociales a través de la participación directa en la resolución de los propios problemas. En los sindicatos, esta pedagogía se manifiesta en los espacios de base, donde se debate, se analiza y se decide colectivamente, promoviendo una ciudadanía activa y deliberativa que contrasta con los mecanismos de participación institucional, muchas veces reducidos a la consulta o la representación simbólica.

Frente al modelo institucional dominante, caracterizado por una tendencia a gestionar los problemas sociales desde marcos tecnocráticos, los sindicatos de vivienda desempeñan una función crítica y contrahegemónica. Al visibilizar y politizar los conflictos urbanos, desvelan la dimensión estructural de la crisis habitacional, que no puede ser entendida como una suma de fracasos individuales, sino como resultado de dinámicas sistémicas de desigualdad, especulación y exclusión. Este posicionamiento los acerca a la pedagogía crítica latinoamericana, que subraya que la conciencia de los condicionantes estructurales es condición necesaria para cualquier proceso emancipador (Freire, 1970; Di Virgilio, 2021). A través de asambleas, campañas públicas y acciones directas, los sindicatos generan procesos de lectura crítica del entorno, donde se reinterpretan las vivencias personales en clave colectiva. Esta resignificación del sufrimiento y la precariedad constituye un paso fundamental en la construcción de agencia política y empoderamiento ciudadano, especialmente entre sectores históricamente marginalizados o despolitizados (Carbonel, 2019).

6. CONCLUSIONES

La comparación histórica entre los sindicatos de vivienda contemporáneos y las prácticas documentadas en la prensa anarcosindicalista gallega de entreguerras permite identificar tanto continuidades estructurales como transformaciones discursivas. Si en los años treinta las estrategias de comunicación y agitación se basaban en folletos, ateneos y prensa obrera, hoy las herramientas digitales —páginas web, redes sociales, plataformas de mensajería— han ampliado enormemente el alcance de los mensajes y la capacidad de coordinación. Sin embargo, más allá del cambio tecnológico, lo que se observa es una mutación cultural: el paso de un lenguaje obrero, centrado en el trabajo y la producción, hacia un lenguaje más amplio, integral, territorial y afectivo, que incorpora las dimensiones de género, raza, cuidados y vida cotidiana como ejes de politización. Esta transformación supone una ampliación del campo de lo político y una relectura feminista, decolonial y comunitaria de la autogestión, que resignifica el sentido del “derecho a la vivienda” como derecho a habitar en comunidad y sin miedos.

En este marco, las dimensiones simbólicas y emocionales adquieren una relevancia inédita. Mientras el sindicalismo clásico se articulaba en torno a la fábrica y a la lucha laboral, los actuales movimientos de vivienda, al igual que el anarcosindicalismo tradicional, sitúan el conflicto en el terreno del habitar cotidiano, de las redes afectivas y del arraigo territorial. Esta ampliación del campo de disputa se alinea con los planteamientos de Úcar (2022) y González-Pérez (2013), quienes sostienen que la acción colectiva contemporánea debe integrar lenguajes y prácticas capaces de interpelar a sujetos diversos, atravesados por múltiples formas de precariedad, exclusión o discriminación. Así, la autogestión actual no se limita a la defensa de un derecho material, sino que implica una reconfiguración ética y relacional de la vida comunitaria, donde los vínculos sociales se entienden como bienes comunes a proteger y reproducir.

Uno de los principales retos que emergen del estudio reside en la sostenibilidad de estos procesos educativos y organizativos en un contexto dominado por la inestabilidad económica, la individualización y la digitalización del control social. Las lógicas de mercado tienden a fragmentar los vínculos comunitarios y a absorber el tiempo y la energía necesarios para sostener prácticas colectivas (Bookchin, 1982). La profesionalización de los servicios sociales y la precarización militante dificultan la reproducción prolongada de las experiencias autogestionadas, especialmente en barrios sometidos a procesos de gentrificación o de mercantilización de lo común. Desde una perspectiva pedagógica, esto plantea interrogantes sobre cómo mantener la participación crítica sin depender exclusivamente del voluntarismo militante ni del desgaste subjetivo de las personas implicadas (Carretero, 2024). La clave podría residir en institucionalizar sin domesticar: generar alianzas flexibles entre movimientos y entidades públicas que respeten la autonomía de las prácticas comunitarias.

Este análisis invita también a reconsiderar el papel de la educación social como puente entre las políticas públicas y las iniciativas ciudadanas autónomas. Lejos de limitarse a una función de “gestión de conflictos” o mediación burocrática, la educación social puede convertirse en un eje estratégico para fortalecer la autodefensa colectiva, apoyar el aprendizaje comunitario y facilitar procesos de rearticulación del tejido social. Desde esta óptica, el estudio aporta una mirada compleja y multiescalar sobre el papel de la autogestión en los contextos urbanos contemporáneos, subrayando su doble potencial: como forma de lucha por derechos materiales —especialmente

el derecho a la vivienda y al territorio— y como matriz pedagógica desde la que se construyen nuevos modos de ciudadanía activa.

Institucionalizar sin domesticar implica avanzar hacia fórmulas de colaboración que no neutralicen el potencial crítico de las prácticas comunitarias. Esta lógica puede concretarse, por ejemplo, en el desarrollo de talleres autogestionados con apoyo municipal, en los que las administraciones faciliten recursos materiales o infraestructuras sin intervenir en los contenidos ni en las dinámicas internas; en la cesión de espacios públicos de uso comunitario para la realización de asambleas, encuentros formativos o actividades vecinales, garantizando la autonomía política y pedagógica de los colectivos; o en el reconocimiento institucional de saberes populares y comunitarios como formas legítimas de educación social, especialmente aquellos producidos en contextos de acción colectiva, acompañamiento mutuo y defensa de derechos. Asimismo, este tipo de institucionalización puede materializarse a través de convenios de colaboración flexibles, orientados al apoyo logístico y estructural, y no mediante subvenciones finalistas que condicione los objetivos, los tiempos o las formas de organización de las iniciativas. Desde esta perspectiva, la institucionalización no se entiende como una integración subordinada en el aparato institucional, sino como un marco de cooperación que preserve la autonomía política, pedagógica y organizativa de los colectivos, evitando su domesticación y burocratización.

En los márgenes del Estado y del mercado, estas experiencias demuestran que aún es posible reaprender a convivir, a organizarse y a resistir colectivamente, desafiando las lógicas individualistas e instrumentales del capitalismo contemporáneo. La autogestión, entendida en este sentido amplio, se reafirma como una pedagogía del común, una práctica viva de educación política y transformación social desde abajo.

REFERENCIAS

- A Revolteira. (2024, noviembre 28). *Xuntas pola vivenda e contra a especulación*. <https://revolteira.gal/sindi>
- Bookchin, M. (1982). *The ecology of freedom: The emergence and dissolution of hierarchy*. Cheshire Books.
- Carbonel, J. (2019). *La educación es política*. Octaedro.
- Caride, J. A. (2005). *Las fronteras de la Pedagogía Social: Perspectivas científica e histórica*. Gedisa.
- Carrillo, I. (2022). Pedagogía para una memoria democrática. *Temps d'Educació*, (62), 7-11. <https://bit.ly/3IU9U5G>
- Carretero, J.L. (2024). El sindicato y lo social. *Libre pensamiento*, (119), 77-82.
- Cerqueiro, U. (2024, noviembre 28). Nace na Falperra-Os Mallos o primeiro Sindicato de Barrio para combatir o rendismo. *Xornal da Coruña*. <https://bit.ly/42pizUw>
- Di Virgilio, M.M. (2021). Participación social y gestión del hábitat: Formas y tipos de participación en la experiencia de América Latina. *Postdata. Revista de Reflexión y Análisis Político*, 26(1), 11-46. <https://bit.ly/4h0ke94>
- Fairclough, N. (2003). *Analysing discourse: Textual analysis for social research*. Routledge.
- Federici, S. (2013). *Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas*. Traficantes de Sueños.

- Freire, P. (1970). *Pedagogía del oprimido*. Siglo XXI.
- González-Pérez, T. (2013). Educación y transformación social: El proyecto educativo para las mujeres en el imaginario anarquista. *Revista História da Educação*, 17(39), 213-230. <https://bit.ly/46GPTZI>
- Harvey, D. (2012). *El enigma del capital y las crisis del capitalismo*. Akal.
- Miranda, F. (Coord.) (2016). Métodos de investigación histórica. Síntesis.
- Pérez, E. (2025). Incorporar la lucha por la vivienda dentro del sindicato LAB. *Libre pensamiento*, (120), 61-66.
- Punzón, C. (2025, enero 4). Primer sindicato de inquilinos en Galicia: “Las inmobiliarias son la guardia pretoriana de las subidas de alquiler”. *La Voz de Galicia*. <https://bit.ly/42uElWZ>
- Real Academia Española. (2001). Sindicato. En *Diccionario de la lengua española* (22.ª ed.). <https://bit.ly/3KCfbzv>
- Revista Crítica Urbana. (2019). Derecho a la vivienda en alquiler. Entrevista con el Sindicat de Llogaters de Barcelona. *Crítica Urbana: Revista de Estudios Urbanos y Territoriales*, 2(6), 19-22.
- Romero, A. (2018). Iniciativas e propostas para remediar a falta de traballo e a carestía da vida na Coruña durante a I guerra mundial. *Cornide: Revista do Instituto José Cornide de Estudios Coruñeses*, (1), 213-244.
- Solidaridad Obrera de La Coruña. (1923-1935). *Semanario órgano de la Confederación Regional Galaica [SOLC]*.
- Úcar, X. (2022). Tejidos y tramas de lo social: Perspectivas desde la pedagogía y la educación social. *RES: Revista de Educación Social*, (35). <https://bit.ly/4o9DmDY>